# La Búsqueda
# - Crónicas de Grammer 1 -

Camila Andrea Fernandez

# La Búsqueda

## - Crónicas de Grammer 1 -

Camila Andrea Fernandez

Avant
editorial

Primera edición, junio de 2023
©Camila Andrea Fernandez, 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 978-84-19763-50-1
IBIC: FM
DEPÓSITO LEGAL: M-18633-2023

*A mi familia, que me apoyó y me ayudó a abrir mis alas*
*y seguir mis sueños.*

*«Trunili fas ey ablenus*
*mayileis ö Jelysterk un Onilus».*
Dwyer

# Mapa de Lur


Isla Pequeña
Acantilado de Cimarlok
Nación sin Nombre
Montaña de Espejos
Nación de los Invisibles
río Salado
Punta Quebrada
Arboleda Confinante
Colina de las Aves
Montaña Mukcielsky
Bosque de Serpientes
Grammer
Mar Sin Fin
Mar de Grammer

Más allá hay costas extrañas
a las que ningún marinero ha llegado



# I

# DETONANTE

«¡NO!» gritó con una voz llena de desesperación mezclada con congoja y terror. Pero ya era tarde. Demasiado tarde. La espada la había atravesado y el asesino se esfumó con el aire. Estaba hecho, quizá por venganza, despecho, odio; pero nada de eso le importaba. La vio en el suelo, con los ojos cerrados y el rostro sereno, se había ido y sus lágrimas no la harían regresar. La lloró, sufrió su duelo, bueno, no por completo. Su desolación se convirtió en rencor y sed de venganza. Le habían quitado todo y él juró en su ira que haría lo mismo.

—Quizá no tengo *el* don, pero sí tengo poder —repitió cada día a su rostro frente al espejo—. Un soldado puede conquistar tierras, desatar guerras, incluso destruir todo lo que *ellos* aman —continuó durante todos los días—. Ese mágico pagará. Todos pagarán. Ya lo verán —siguió diciéndose antes de dormir—. Por ti, madre.

Su pasado lo perseguía en sueños por las noches, nunca había tenido lo que se puede decir «una niñez feliz»: había tenido que crecer rápido. Había vivido en Gorka la mayor parte de su vida, pero decidió irse a Grammer, creyendo que allí podría cambiar su suerte. Los ojos de su madre eran los más delicados y sensibles que hubiera visto en toda su existencia y él sentía que había fracasado en la labor de protegerla. Su corazón conocía muy bien el dolor, al igual que un pájaro conoce el nido. Con la diferencia de que los pájaros, con el tiempo, se van; pero su dolor no se iba. Pasaron los años y la herida se volvía cada vez más profunda. A veces el tiempo no sana como debería, a veces nosotros no lo dejamos.

Por eso fue que comenzó a investigar todo acerca de los brujos. Comenzó en las pequeñas ciudades, indagando a los pueblerinos, conociendo las tradiciones y costumbres de esas gentes tan diferentes a él. Luego se dirigió a las ciudades más grandes, como Trunfall y Grunel. Uno de aquellos años encontró un socio con las mismas ambiciones maliciosas de venganza y poder. Se trataba de un brujo jorobado que había estudiado en el Liceo de Hechicería, pero se había dejado llevar por sus ambiciones orgullosas y ladinas. Con el tiempo se ganó la confianza del brujo y este le contó sobre las artes oscuras.

—Ambos queremos lo mismo —dijo el jorobado.

—Yo quiero su ruina —respondió.

—Yo también.

—Pero tú eres como ellos.

—No. Soy mejor que ellos, pero me subestimaron. Les demostraré quien soy en realidad —dijo con orgullo el brujo—. Quieres que sufran, ¿verdad?

—Quiero quitarles todo lo que es importante para ellos, tal como me lo hicieron a mí —respondió el soldado.

—Yo sé cómo hacer que sufran, que desesperen y no encuentren la solución —respondió el brujo con malicia—. Te contaré todo.

Aprendió todo acerca del Equilibrio de Lur (el gran tesoro de los hechiceros), las formas de fracturarlo y que si lograba hacerlo lo suficiente como para crear una brecha entre los Mundos (el Etéreo y el Tangible), habría una posibilidad de recuperar a su madre. A cambio, lisonjeó a su socio jorobado, le dijo que juntos iban a gobernar sobre toda Gorka y que le entregaría la Montaña de Espejos para que la gobernara a su placer y conveniencia. Así fue que se complotaron para idear el plan que provocaría el caos y vengaría sus agravios.

—Tendremos que conseguir esos objetos —dijo el jorobado.

—No te preocupes. Vamos a conseguirlos, de alguna forma u otra —respondió él observando un cuchillo que tenía en sus manos. El brujo sonrió para sus adentros.

—Identificación —dijo un soldado sin mirar a quien tenía enfrente. Al no recibir respuesta observó el rostro del hombre—. Disculpe, mi general. Puede pasar —se corrigió tartamudeando y haciendo una reverencia-saludo.

***

Ashia era una chica normal. Bueno, no tan normal. Le encantaba leer libros sobre magia; misterios; aventuras que, según ella, solo podría soñar. Pasaba horas y horas leyendo sobre los hechiceros grammerianos, sus diferentes habilidades, cómo controlaban los elementos del mundo; pero nunca llegaba a estudiar lo suficiente ya que en Gorka, su nación, casi no se hacía mención de ellos. Pese a la falta de información, había llegado a entender que el poder de los hechiceros era un don que se manifestaba en algunos, pero no en todos los grammerianos y que muy pocos de ellos eran tan poderosos y hábiles en las Altas Artes, como leía, que los elegían para ser los guías o líderes del resto de hechiceros. La muchacha sabía por un antiguo libro de leyendas grammerianas que el mayor de todos los hechiceros era conocido por el título de Decano y era el que tenía un control de la magia mucho más preciso y poderoso.

Muchas veces había preguntado a su madre acerca de esas leyendas y mitos porque sabía que ella conocía

más, pero en muy pocas ocasiones su madre había hablado de eso y enseguida se había excusado. Luego de un tiempo su madre enfermó, por lo que Ashia no la importunó más con sus preguntas, sino que se esforzó por dejarla descansar. Los médicos les habían dicho que no podían encontrar la enfermedad, aunque por los síntomas parecía una especie de cáncer y parecía no haber cura alguna, por lo que estaban en una triste y agotadora espera.

—Hola, mamá ¿Cómo te sientes hoy?

—Hola, querida. Bien, bien. ¿Cómo va el libro? —Ashia sostuvo un pequeño libro con las dos manos, mirándolo y sonrió.

—Bien, estoy por terminarlo —respondió con timidez, pero orgullosa.

—¡Cómo te gustan las aventuras y todas esas historias!

—Sí, pero me gustan mucho más nuestras propias historias —respondió Ashia con mirada suplicante.

—¿Sabías que yo hace mucho tiempo tuve una experiencia similar a la que estás leyendo? Las arañas no hablaban y tampoco existían los trasgos, pero sí estaban la Nación de los Invisibles y la Montaña de Espejos. —Ashia la miró interesada, con los ojos verdes abiertos de par en par mostrando exageradamente el asombro y la emoción que le causaba eso.

Su madre nunca había hablado de su pasado por su propia voluntad hasta ese mismísimo momento y

la escasa ocasión en que lo había hecho había sido en comentarios muy superficiales y sin interés. Ashia se sintió colmada de entusiasmo y deseos de saber más. Acercó una silla y se dispuso a escuchar la intrigante historia. La mujer convaleciente se rio al verla así, por lo que comenzó:

—Mucho antes de conocer a tu padre, yo conocía al gran hechicero Delwin…

—¿En serio? ¿El Decano existe de verdad? ¿Entonces todos los mitos de magia no son realmente un mito? —preguntó Ashia exaltada mientras se levantaba de la silla y repetía esas palabras tan rápido que algunas se le enredaban en la lengua.

—¡Guau, espera, cariño! Todo a su momento —rio su madre—. Yo había creado una hermosa relación de confianza y amistad con él y un día quise conocer a las Antiguas Potestades.

—¿Qué son las Antiguas Potestades? —preguntó la joven intrigada y confundida.

—Son un grupo de hechiceros que poseen un control mucho más poderoso sobre la magia y ayudan a mantener la paz en la tierra. También se les llama el Círculo —respondió Rowan, su madre, con la intención de calmar la ansiedad de su hija.

—¡Ah! Sí, así se los llama en los libros más antiguos —explicó Ashia y calló, dando la palabra otra vez a Rowan.

—Bien, yo quería conocerlos, así que Delwin me guio por todos los lugares necesarios para llegar allí: primero pasamos por el ahora bien llamado Pasaje de los Huesos; bordeamos la Arboleda Confinante, porque no podíamos atravesarla, hay muchos lobos; después cruzamos la Nación de los Invisibles y entonces llegamos a la Montaña de Espejos. —Hizo una pausa, se rio un poco fuerte y cerró los ojos recordando viejas eras—. Yo me perdí y él me tuvo que guiar por todo el recorrido. Y entonces llegamos al Círculo. Era un lugar hermoso, lleno de luz y magia. Delwin me aseguró que siempre tendría un lugar y protección para mí allí, porque entonces no tenía hijos, y que podría ir cuando quisiera. Pero, cuando me fui, conocí a Tumbert y nunca más me separé de él. Y aquí estoy, con una hermosa hija —dijo acariciándole la mejilla con la palma de su mano y le regaló una sonrisa dulce. Su padre llegó a la habitación, se acercó a la cama, le dio un beso en la cabeza a su esposa y llamó a Ashia aparte.

—Ashia, mamá está muy delicada, debe dormir por ahora. Yo debo viajar unos días por un negocio. Tú te quedarás aquí y cuidarás a mamá por mí, ¿sí? —Ella asintió con la cabeza y lo abrazó.

Mientras tanto Ashia aprendió de su madre las rutas para llegar a cada paraje y los peligros que acechaban esos sitios. La muchacha se sentía sumamente asombrada de la actitud tan abierta de su madre y aunque muchas veces debían detenerse para que Rowan

descansara, el ánimo en los ojos de ella la hacía verse más viva y saludable. Ashia se asombró de lo mucho que desconocía a su madre y descubrió que era una mujer fuerte, valiente y desafiante, que no temía a nada ni nadie, aunque por fuera parecía una de las personas más temerosas y frágiles. Esas semanas fueron tan deliciosas y fructíferas para Ashia que no quiso que terminaran, aunque un dejo de temor pinchaba su corazón, un presentimiento de despedida. Era extraño incluso para ella el hecho de que Rowan le contara tantos detalles de su vida pasada, cosas que Ashia nunca había escuchado, y no estaba segura del porqué de aquel comportamiento.

Pocos días habían transcurrido, los cuales pasaron junto a la cama contando historias y leyendo libros, cuando se les informó a las damas algo que ni ellas habrían podido prever: el camión donde iba Tumbert había sido emboscado. Lobos habían arrasado con todos y se habían llevado la mercancía. Al saber esta noticia, el corazón de ambas se ensombreció y los días se volvieron más grises, a pesar de estar en verano y que el calor las abrumara. Rowan empeoró su condición. Dormía más de lo normal, se levantaba con fiebre varias veces al día y la poca medicina que tenían allí ya no parecía surtir efecto. Las cuencas de sus ojos se hundieron levemente, marcadas por las ojeras; los labios casi partidos y la hinchazón en su panza describían su condición, produciéndole a Ashia punzadas de dolor y

más de una noche en lágrimas. Su padre se había ido y los días de su madre estaban por terminar.

Le ofrecieron a la jovencita una cama junto a Rowan, así que la muchacha se la pasaba al lado de la cama de hospital junto a su madre, de día conversando —aunque ya casi nunca lo hacían debido al estado tan deteriorado de Rowan— o meditando en silencio y de noche mirando el oscuro techo, porque no tenía donde ir. Habían sido las vacaciones más lúgubres para ella. Raymond, un gran amigo de Ashia y de su familia, con quien se había establecido una hermosa amistad, las visitaba de vez en cuando y traía siempre algo dulce para compartir. «Lo hizo mamá», decía con una sonrisa. A Ashia le gustaban sus visitas porque les alegraba un poquito el día.

Pero ese día no vino con sus dulces y su sonrisa.

—Hija, debo decirte algo. —La muchacha se acercó al lecho de su madre—. Ya me voy, mi amor, falta muy poco, así que voy a decirte algo muy importante. —Se acercó más a su mamá para escuchar mejor, ya que su voz se escuchaba entrecortada y agitada—. Hay personas buenas, pero también hay malas —dijo y luego de una pausa agregó—: Ya no estarás a salvo, linda, debes ir con Delwin. Para eso deberás ir al Valle de las Mariposas, que queda al norte del país, y pasar por todos los lugares que te conté, con algunas cosas que te serán de ayuda para probar que eres mi hija, por seguridad del Círculo. Yo solo tengo una, pero necesitas tres

más: la daga de Furrgett, que encontrarás en el Pasaje de los Huesos; en la Arboleda Confinante encontrarás el colmillo del lobo Oslekar. —Se sacó un anillo de Alpaca tallado con dos serpientes enfrentándose, algo peculiar—. Este es otro de los objetos, no se lo entregues a nadie y cuídalo con tu vida. También deberás encontrar el último y más importante elemento: la Gema central. Se encuentra en la Montaña de Espejos, sabrás cuál es cuando la veas. Las pistas te ayudarán a poder llegar a las Antiguas Potestades. Infórmale a Delwin sobre los lobos, es algo fuera de lo… —Tosió y continuó—: normal, tal vez el equilibrio se haya alterado sin que ellos lo noten todavía. Sé fuerte, valiente y no confíes en nadie. Ve, Ashia, y date prisa. Te amo hija. Ö graten û ös turloks.

Su última frase, una de las pocas frases que conocían en el idioma grammeriano antiguo, significaba «la mejor de las suertes». Y con eso, expiró.

Ashia la vio irse tan calmada, serena, que lo único que la convenció de que había muerto fue que ya no respiraba y su corazón no latía. No pudo verla tanto tiempo por el agua que empezaba a empañar su vista y recorrer sus mejillas. Su llanto fue silencioso, aunque dentro de ella los ruidos estallaban y la aturdían. Sintió un dolor en el pecho, como si de un momento al otro le hubieran estrujado el corazón para ya no sentir. Luego de un momento, su voz comenzó a gimotear e hipar, atropellando su respiración con su llanto. Se